

SERMON

PARA EL DIA

DE LA INCARNACION.

*Sobre los caracteres de la grandeza de
Jesucristo.*

Hic erit magnus.

Será grande. (Luc. I, 32.)

SEÑOR,

CUANDO los hombres se prometen que un joven príncipe será glorioso, esta idea solo tiene por objeto las victorias y prosperidades mundanas: porque fundan la grandeza futura de aquel sobre las calamidades públicas, y las mismas señales que anuncian el esplendor de su gloria, son como presagios siniestros que solo prometen desgracias á los demas hombres.

(145)

El ángel no anuncia hoy á María por estas demostraciones vanas y tristes de grandeza, que Jesucristo será grande, porque el lenguaje del Cielo y de la verdad en nada se parece al del error y de la vanidad de las adulaciones humanas: Dios no habla como los hombres.

Jesucristo será grande porque será el santo y el hijo de Dios: *Sanctum vocabitur filius Dei*: porque salvará su pueblo: *Ipse enim salvum faciet populum suum.* (Matth. I, 21.) Porque su reinado no tendrá fin: *Et regni ejus non erit finis.* (Luc. I, 33.) Tales son los caracteres de su grandeza, grandeza de santidad, de misericordia, de perpetuidad y duracion.

Estos son los caracteres de la verdadera grandeza; porque, Señor, los príncipes y los grandes no deben buscarla, ni en la elevacion del nacimiento, ni en el esplendor de los títulos y victorias, ni en la extension del poder y de la autoridad, pues solo serán grandes como Jesucristo, en cuanto sean santos, en cuanto sean útiles á los pueblos y en cuanto su vida y su reinado sirvan de

modelo que se perpetue por todos los siglos, esto es que tengan como él, una grandeza de santidad, de misericordia de perpetuidad y de duracion.

PRIMERA PARTE.

Señor, el origen eterno de Jesucristo y su título de hijo de Dios, á que es inherente el de su santidad, lo es tambien de su grandor y de su eminencia; pues no se le llama grande porque cuenta reyes, y príncipes y patriarcas entre sus ascendientes, ni porque la sangre mas augusta del universo corre por sus venas. Es grande, porque es el santo y el hijo del todo poderoso; y toda su grandeza dimana del seno de Dios, de modo que el gran misterio de sus caminos eternos, que se manifiesta hoy, recibe todo su esplendor de su divino nacimiento.

Nosotros nada tenemos de grande sino lo que nos viene de Dios. Si, hermanos míos, los grandes se glorian de tener, como Jesucristo, príncipes y reyes entre sus ascendientes; pero si no tienen otra gloria que la de sus abuelos, si toda su

grandeza consiste en solo sus nombres, si no tienen otras virtudes que sus títulos, si necesitamos recordar los siglos pasados para que nos parezcan dignos de nuestro homenaje, entonces su nacimiento los envilece y deshonorra, aun segun el mundo; el recuerdo de sus antepasados se convierte en oprobio de sus personas, oponiéndoles continuamente su apellido, porque las historias en que se hallan escritas las grandes acciones de sus padres, no son sino unos testigos vivos que deponen contra ellos, en fin se buscan aquellos gloriosos antepasados en sus indignos sucesores, se pide á estos las virtudes que sus nombres honraron á la patria; y aquel cúmulo de gloria de que son herederos, es para ellos un peso vergonzoso que los afrenta y abruma.

Sin embargo, la mayor parte de ellos manifiestan en su porte y semblante el orgullo de su origen; porque cuentan los grados de su grandeza por los siglos que ya pasaron, por las dignidades que no poseen, por las acciones en que ninguna parte han tenido, por unos ante-

cesores de quien solo quedan las cenizas, por monumentos que el tiempo ha destruido, y se creen superiores á los demas hombres, porque les han quedado mas ruinas domésticas de la rapidez del tiempo, y pueden presentar mas títulos que otros de la vanidad de las cosas humanas.

Un nacimiento distinguido es sin duda una prerogativa ilustre, á la que el consentimiento de las naciones ha dado en todas épocas distinciones de honor y respeto; pero no es mas que un título y no una virtud; es un adhesión á la gloria, pero no la da, es una lección doméstica, y un motivo honroso de grandeza, pero no nos hace grandes; es una herencia de honor y de mérito; pero se acaba y se extingue en nosotros desde que solo heredamos el nombre sin las virtudes que le han hecho ilustre; y comenzamos, por decirlo así, una nueva familia, haciéndonos unos hombres nuevos; de manera que la nobleza ya no es mas que por nuestro linage, y nuestras personas son plebeyas.

Pero si aun para con el mundo, e!

nacimiento sin la virtud es un título vano que nos acusa continuamente nuestra ociosidad y nuestra bajeza; ¿Que será á los ojos de Dios que nada ve grande y real en nosotros, sino los dones que nos ha concedido de su gracia y de su espíritu?

Es pues nuestro nacimiento, segun la fe, nuestro título mas glorioso; pues no somos grandes sino porque á imitación de Jesucristo somos hijos de Dios y sostenemos la excelencia y nobleza de origen tan elevado. Por él es el cristiano superior á los reyes y príncipes de la tierra; por él entramos hoy en todos los derechos de Jesucristo, todo es nuestro y el universo entero es para nosotros; todos los patriarcas y escogidos de los siglos pasados son nuestros mayores; nos hacemos herederos de un reino eterno; serémos jueces de los ángeles y de los hombres; y verémos algun dia á nuestros pies todas las naciones y potestades del siglo.

Tan grande es, Señor, la prerogativa de los hijos de Dios. Por eso nuestros reyes han querido que el título de cris-

tiano fuese el primero de los que adornasen y ennobleciesen su corona; y el mas santo, entre vuestros predecesores, no buscaba la fuente y el origen de su grandeza en el número de provincias y ciudades que componian su imperio, sino únicamente en el sitio donde por el bautismo habia empezado á contarse entre los hijos de Dios.

Pero, Señor, no basta, dice san Juan, tener el nombre de cristiano, es preciso serlo efectivamente: *Ut filii Dei nominemur, et simus*. Si los hijos de los reyes degenerando de su augusto nacimiento solo tuviesen inclinaciones bajas y vulgares; si se propusiesen la suerte de un humilde artesano como el objeto mas digno de su corazon, y bastante para llenar sus grandes destinos; si perdiendo de vista el trono á que deben subir algun dia, nada conociesen mas grande que el arrastrarse en el fango, y confundirse por sus sentimientos y ocupaciones con la hez mas despreciable del pueblo; que oprobio para su nombre y para la nacion que esperase hallarse sujeta á semejante Señor?

Tales son y aun todavía mas culpables, Señor, los hijos de Dios, cuando se degradan viviendo como los hijos del siglo. La gracia del bautismo aun os ha elevado mas que la gloria de vuestro nacimiento, aunque sea este el mas augusto del mundo, pues por él no sois mas que un rey temporal, y por aquella sois heredero de un reino eterno: vuestro nacimiento solo os hace hijo de los reyes, y el bautismo hijo de Dios. Vemos diariamente que crecen y se desarrollan en vuestra magestad sentimientos é inclinaciones dignas del nacimiento que teneis de los reyes vuestros antepasados, pero de nada serviria esto si no manifestaseis tambien aquellos sentimientos correspondientes al nacimiento que debéis á Dios, que os ha admitido en el número de sus hijos por el bautismo.

Juzgad pues, Señor, de lo que debéis á un nacimiento enteramente divino, por lo que exige de vos el nacimiento real. Si los hijos de los reyes deben sobresalir en virtudes y en todo á los demas hombres; si la menor bajeza los deshonra; si la falta mas leve de firmeza es una

mancha que mancilla todo el esplendor de su nacimiento ; si se les imputa á crimen la desigualdad de su genio ; si necesitan ser mas animosos , prudentes , circunspectos , benignos , afables y grandes en todo que los demas hombres ; si el mundo exige tanto de los hijos de la tierra , ¿ que es lo que Dios no pedirá á los del Cielo ? ¿ Que inocencia , que pureza de deseos , que elevacion de sentimientos , que superioridad sobre los sentidos y sobre las pasiones ? Que desprecio en fin de todo lo que no es eterno ? ¿ Que grandeza se necesita para sostener la eminencia de origen tan sublime ! El primer carácter del grandor de Jesucristo es el de la santidad : *Hic erit magnus , et filius Altissimi vocabitur.*

SEGUNDA PARTE.

Pero en segundo lugar será grande porque salvará su pueblo : *Ipsé enim salvum faciet populum suum* ; segundo carácter de su grandeza , el serlo de misericordia.

No ha venido al mundo sino para colmar los hombres de beneficios :

vivíamos en la servidumbre y estábamos maldecidos , y vino á romper nuestras cadenas y ponernos en libertad ; éramos enemigos de Dios y sin derecho á sus promesas , y vino á reconciliarnos con él , haciéndonos ciudadanos de los santos é hijos de una nueva alianza , vivíamos sin ley , sin yugo y sin Dios en este mundo , y vino á ser nuestra ley , nuestra verdad y nuestra justicia , derramando la abundancia de sus dones y de sus gracias sobre todo el mundo. En una palabra , vino á renovar toda la naturaleza , á purificar lo que estaba impuro , á fortificar lo que era débil , á salvar lo que estaba perdido y á reunir lo que estaba dividido. ¿ Que grandor ! Ninguno es igual al de poder ser útil á todos los hombres.

Y esta es la grandeza á que deben aspirar los soberanos y los príncipes , y cuantos tienen el nombre de grandes en el mundo ; pues no pueden serlo sino haciéndose útiles á los pueblos , y dándoles , á imitacion de Jesucristo , la libertad , la paz y la abundancia.

Decimos la libertad , no aquella que

favorece las pasiones y la licencia; porque esta es un nuevo yugo y una servidumbre vergonzosa; siendo así que la regla de las costumbres es el primer principio de la felicidad y duración de los imperios. Tampoco es aquella libertad que, ó se subleva contra la autoridad legítima ó quiere participar de ella con el soberano, en quien únicamente reside, y con pretexto de moderarla, anonadarla y destruirla. No hay felicidad para los pueblos sino el orden y la sumisión; y por poco que se aparten de la obediencia, el gobierno queda sin regla; porque cada cual quiere ser ley á sí mismo; de la independencia nacen luego la confusión, los alborotos, las disensiones, los atentados y la impunidad; por cuya razón los soberanos no pueden hacer felices á los súbditos, sino manteniéndolos obedientes á la autoridad, pero haciendo al mismo tiempo que la sujeción sea justa, suave y amable.

La libertad, Señor, que deben los príncipes á sus pueblos, es la de las leyes. Vos sois dueño de disponer de las vidas y haciendas de vuestros súbditos;

pero no podéis disponer de ellas sino conforme á las leyes; es verdad que no tenéis otro superior que Dios, pero la autoridad de las leyes debe ser superior á la vuestra, porque no mandáis á esclavos, sino á una nación libre y guerrera tan zelosa de su libertad como de su fidelidad, y cuya sumisión es tanto mas segura, cuanto que se funda en el amor que tiene á sus soberanos, los cuales todo lo pueden en ella, porque la ternura y fidelidad de sus súbditos no conoce límites á su obediencia; pero es preciso que los reyes los pongan á su propia autoridad; y que cuanto mayor sea el amor de la nación para no conocer otra ley que una ciega obediencia, tanto menos deben exigir los reyes de ella, fuera de lo que les permitan las leyes; de otro modo ya no son los padres y protectores de sus pueblos, sino sus opresores y enemigos, y no puede decirse que reinan sobre sus súbditos, sino que los tiranizan.

El poder de vuestro augusto bisabuelo sobre la nación fué mayor que el de todos los reyes vuestros ascendientes, porque

un reinado largo y glorioso lo habia consolidado, su gran prudencia lo sostenia, y el amor de sus súbditos casi no le ponía ya límites. Sin embargo, mas de una vez le hizo ceder á las leyes, tomarlas por árbitros entre él y sus súbditos, y sujetar noblemente á las decisiones de ellas sus propios intereses.

No es pues el soberano sino la ley, Señor, la que debe reinar sobre los pueblos, no siendo vos mas que el ministro y primer depositario de ella, que es la que debe reglar el uso de la autoridad; y entonces esta ya no es un yugo para los súbditos, sino una regla saludable que los guía; un socorro que los protege, y una vigilancia paternal que asegura la sumision que tendrán, por el cariño que ella les afianza. Cuando los hombres son gobernados por las leyes, creen justamente que son libres, y su ciega obediencia los hace entonces felices, porque les da la confianza y la tranquilidad. Las pasiones, las voluntades injustas, los deseos excesivos y ambiciosos con que los príncipes ejercen su autoridad, lejos de aumentarla la disminuyen; son

menos poderosos desde que se hacen superiores á las leyes, y queriendo ganar no consiguen sino perder, porque todo lo que hace injusta y odiosa la autoridad la debilita y disminuye, pues el origen de su poder está en el corazón de los súbditos, y por absolutos que parezcan los reyes, puede decirse que han perdido su verdadero poder desde el punto que no pueden contar con el amor de los que les obedecen.

Hemos dicho tambien la paz y la abundancia, las cuales son siempre frutos dichosos de la libertad de que acabamos de hablar; estos son los bienes que Jesucristo trajo á la tierra, y así fué grande, porque fué el bienhechor del género humano.

Si, Señor, para ser grande á los ojos de los mortales, es preciso serles útiles. La gratitud los movió á convertir sus bienhechores en dioses, por eso adoraban la tierra que los alimentaba, el sol que los alumbraba, á los príncipes benéficos como Júpiter, rey de Creta, Osiris, rey de Egipto, que habian dado leyes sabias á sus súbditos, que habian